

ECOLOGÍA Y AMBIENTE RURAL

### 3. Gestión del pasto y los prados

Por Pedro MONTSERRAT-RECODER

Vimos hace una semana (nº 2), algunos mecanismos reguladores del sistema ganadero inmerso en otro más amplio del monte con animales que rebajan árboles, abren la floresta y así propician el desarrollo de las plantas prateras. En la Naturaleza existen leyes, unas normas con la estrategia normal de unos animales (desbrozadores, ramoneadores, chupadores, herbívoros del pasto y los hozadores del suelo) dotados de un comportamiento instintivo que nuestros antepasados incorporaron a su cultura, a su manera de actuar casi instintiva también. Ahora «el progreso» —la mecanización con envejecimiento de la población rural— simplifica demasiado la gestión y uniformiza lo que antes funcionaba como un sistema complejo, bien conjuntado y eficaz.

Para muchos ya no hay remedio; eso creen pero me permito discrepar, debo combatir el derrotismo cobarde y augurar lo mejor para el futuro. He visto muchas cosas, conozco bien el tema y a los especialistas europeos, desde los Alpes a Inglaterra por lo menos. Una cosa es segura: nos salvaremos si utilizamos a fondo los recursos de la montaña y además nos adaptamos al mercado ampliado del turismo integrado, un turismo europeo y revitalizador de todo lo nuestro.

Desertan nuestros hijos, no sabemos educarlos ni mantener en ellos la ilusión de vivir y prosperar en nuestro solar. El tema es muy grave y se relaciona con la extrema degradación cultural —hasta moral— que nos invade, lo llena todo y nos deja sin alas para volar hacia un futuro prometedor.

Son inmensas las posibilidades de prosperar en la montaña, pero conviene crear un ambiente que anule derrotismos y estimule al joven emprendedor. No bastan las subvenciones europeas, ni las estatales o regionales, porque sólo sirven para evitar la extinción, la muerte prematura. Ahora nos conviene crear el ambiente optimista y regenerador, para estimular a la juventud que se lanzará de lleno; los animales deben trabajar bien y producir con economía máxima lo que se vende, usando racionalmente los recursos naturales, los del patrimonio rural que así se conserva y aumenta cada día.

Ahora se critica mucho la promoción olímpica del Pirineo, sin pensar que deberíamos utilizarla para organizar a fondo nuestros pueblos de montaña, revitalizarlos, con sus fondos rurales y toda clase de atractivos culturales, de lo nuestro que no desentona entre la cultura alpina y otras centroeuropeas. Perdimos unos años preciosos y ahora podríamos recibir el estímulo y financiación decisivos. Formaremos atletas, unos esquiadores formidables si aprovechamos a fondo las adaptaciones biológicas del joven pirenaico, pero también si sabemos revitalizar su ambiente cultural y animar a sus padres y abuelos que lo mantendrán.

Una manera, la más eficaz a mi entender, sería la de comprender de una vez que el desarrollo, el progreso real —el de verdad que se

mantiene a pesar de tantos oportunistas que se hacen ricos en poco tiempo— radica en la potenciación de todos los recursos propios, pero de una manera coordinada y con mucha visión de futuro. Este desarrollo real nos exige transformar lo que tenemos en algo que se consuma en la misma montaña. No hay problemas insolubles; nuestros padres usaban los pastos y movían perfectamente sus rebaños; se fueron los mejores gestores y los demás han envejecido, pero en cambio disponemos de unas técnicas desconocidas antes que deseo divulgar para que nos animen y así forzar el progreso natural, bien arraigado en lo que tenemos, en nuestra cultura revitalizada.

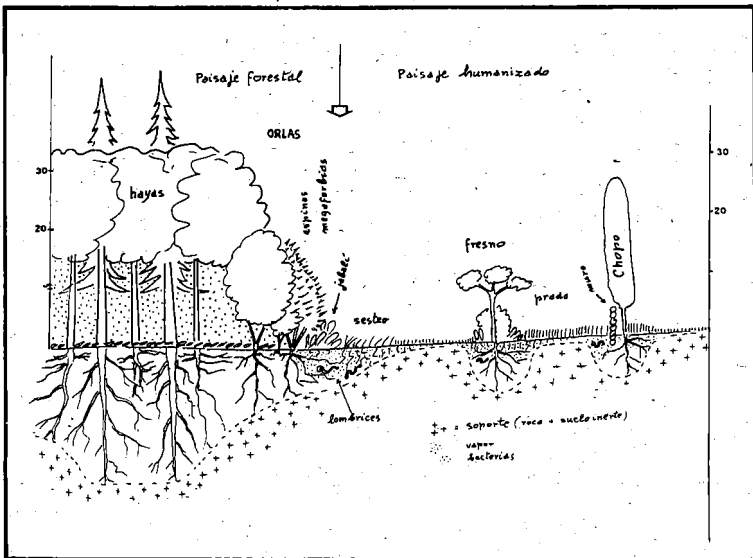
Un país bien organizado es inmune, resiste y jamás vende lo que funciona, su patrimonio al forastero, ave de paso que no se integra ni aporta nada positivo..., sólo saca, coloniza. Organicémonos bien. La semana pasada contemplamos los mecanismos que organizan el bosque e insinuamos el origen de nuestros prados; veamos ahora con mayor detalle el funcionamiento del prado en relación con los pastos y el cultivo forrajero que los complementa.

**La pradería pirenaica.**— Es el conjunto de los prados y cultivos próximos a lugares habitados, temporal o permanentemente (bordas, pueblos). Muchos núcleos habitados del pasado pasarán a ser unos complejos de casas, cuadras y heniles (el pueblo-borda, esencial en el futuro) muy adaptados al turismo rural integrado plenamente durante los veranos.

En la pradería se realizan los trabajos más intensos y continuados, como en las huertas y cultivos próximos a la casa; culturalmente vemos claro el origen de la propiedad particular, la del que se compromete ante sus convecinos —los del común—, para cuidar y hacer producir al máximo sus prados tan escasos. Ante la ausencia, la emigración, cada gestor debería continuar o bien delegar en quien pudiera realizar su trabajo. Es muy limitado en alta montaña el suelo de calidad y así aumenta la exigencia de responsabilizar al gestor adecuado.

Construcciones, cuadras, muros, setos, árboles escamondados, los frutales compatibles, las caceras de riego, etcétera, son unas «inversiones» que controlan y diversifican la producción o bien almacenan para el invierno. Se trata de capitales superpuestos al natural que vamos comentando, en especial si tenemos en cuenta el capital cultural —aptitud o modo de hacer heredado, algo bien asimilado desde la niñez, con absoluta normalidad y naturalidad— una riqueza radical que desaparece y debemos recuperar cuanto antes. No es progreso el basado en el abuso con destrucción de capitales; sólo progresará nuestro Pirineo si lo empujan los propietarios de siempre o bien sus hijos, los altoaragoneses nacidos y criados en nuestros valles ahora tan codiciados.

Es muy afortunada la circunstancia de que sea la pradería un ambiente preferido por el ciudadano



Esquemas paisajísticos. Destacan las orlas leñosas y de megaforbias, la zona más activa regeneradora con bacterias y lombrices.

no que busca sosiego, mientras son lugar de paso los más abruptos y selváticos tan apropiados para las fieras y la caza mayor. El practicultor ancestral prefirió un suelo profundo, las morrenas glaciares y depósitos coluviales fijados antes por el bosque colonizador, capitalizador por formar el suelo apto para prado; vemos por lo tanto que lo mejor de la montaña ha servido para sostener a los hombres y así seguirá, para ser el soporte básico del desarrollo ya iniciado y prometedor.

La caza, con la ganadería del pasto subastado, la madera con leñas y el carbón vegetal revalorizado, serán meros complementos, ayudas para organizar y conservar un paisaje productivo, pero en alta montaña no deben impedir el desarrollo de la población autóctona, la única culturalmente capacitada para gestionar sus capitales. El gran reto actual está en el fomento adecuado de las culturas autóctonas, las pirenaicas.

**El prado y su importancia reguladora.**— Lo esencial para la pradería pirenaica, la que podemos denominar el suburbio de nuestros pueblos, es y seguirá siendo siempre el prado, la hierba tierna tan verde y apta para henificar, segando y conservando alimento para el largo invierno pirenaico. Aumenta la pradería en algunos lugares y donde retrocede ya es por falta de hombres, repercutiendo sobre la ganadería y el embastecimiento de las tascas de puerto. El verdor de los prados y pastos siempre indica vitalidad, expresa la vida y la ilusión cara el futuro de cada valle.

Los fresnos escamondados —podados con hoja verde para completar las reservas forrajeras— junto con el chopo lombardo que reparte la sombra durante los días asfixiantes del verano, más algunos frutales (cerezos, perales, manzanos, nisperos, avellanos...), limitan, bordean cada prado y lo embellecen sobremanera; su proliferación ya nos indica la vitalidad cultural con persistencia de las virtudes ancestrales y unas ganas profundas de sobrevivir, de perdurar. He podido hablar con varios especialistas en setos y organización reticular del paisaje, comprobando cómo se deleitan los europeos en el fraginal ribagorzano, entre Cerler y Benasque por ejemplo. Ya se vislumbra un turismo cultural esperanzador.

En el prado vemos un conjunto de hierbas vigorosas, seleccionadas durante millones de años para rebrotar con fuerza una vez segadas, comidas, y muy apropiadas para transformar el fiemo, la basura, en nuevos brotes de hoja tierna, con la proteína necesaria para las crías de animal doméstico. Son plantas que nacieron en el mantocíngulo forestal tan verde, el de las megaforbias que nos indican un suelo trabajado por la lombriz y sus bacterias que comentamos la semana pasada.

En el Pirineo Central con menos nieve, en la pradería del Chistau-Plan, una parte del rebaño no trashuma, se queda en cada borda durante los fríos para seguir pastando y recomiendo el césped de los prados, la escasa producción invernal; la pezuña del ovino supera cualquier rulo moderno y su pateo afianza las plantas levantadas por cristales de hielo clavándolas en el suelo mullido por la fusión; este pastoreo en días soleados de invierno no es de ahora y las plantas se adaptaron, tanto al pateo después de la helada como al rebrotar con fuerza, arraigando además en el fiemo que tanto se prodiga cerca de las bordas y cuadras.

En artículos sucesivos comentaremos la importancia de la alfalfa vieja en los prados del Sobrarbe soleado, con su dactilo extraordinario y otras plantas del césped tan productivo, adaptado por coevolución con animales y el hombre que acentuaron el rebrote denso; las hojas de *Poa pratensis*, *P. angustifolia* y en general *Dactylis glomerata*, el dactilo maravilloso de Plan, tienen hojas largas (hasta un metro si no se las comen) cuyo crecimiento es constante a ras de suelo, con meristema casi enterrado, bien protegido contra los herbívoros.

Ahora contemplamos el prado como una pieza básica de la pradería; conviene acentuar la perspectiva, esta visión integrada, para comprender la importancia del conjunto paisajístico, la oferta que hacemos al visitante atraído por tanta belleza.

Resulta esencial el pastoreo mencionado y el precoz que precede al rebrote vigoroso, cuando el suelo se calienta por encima los 5-7°C de temperatura, momento que inicia la producción apta para ensilar o henificar, para la conservación de mucha hoja y unos tallos tiernos, nutritivos, aptos para otros animales más productivos

que los actuales. El calor en verano aumenta la respiración nocturna, en oscuridad, con pérdida del valor nutritivo, su digestibilidad, apetitosidad, y un aumento de la fibra indigestible.

Por lo tanto, ya tenemos esbozado el principio diversificador de la pradería, del prado segado varias veces respecto al que sólo se siega en años favorables y se pasta por estar lejos de las bordas, o bien en pendiente fuerte con poco suelo, ladera muy secativa, pedregosa y de mecanización difícil. El riego por goteo, por mangueras de plástico que refrescan al atardecer, puede forzar la producción en algunos prados y aumentar así las reservas para el largo invierno. Diversificación sectorial de acuerdo con las necesidades y su accesibilidad, por especialización progresiva de cada prado y los pastos próximos, que facilitará el uso escalonado tan fácil en la montaña y el pastoreo en los puertos próximos, durante los veranos que pronto agostan el pasto soleado de la parte baja.

Si pretendemos un turismo rural integrado, reanimador, nos conviene alejar vacas y rebaños de cada pueblo, para concentrarlos en bordas y los pueblos abandonados que funcionarán como un complejo de bordas y casas, para albergar a los emigrados con hijos y nietos, unas familias con raíces que vuelven y ayudarán a mantener sus propiedades, precisamente las que no conviene ceder más que a convecinos. Urge ahora reconstruir muchos pueblos y prepararlos como lugar de trabajo comunal y esparcimiento sano, contrarrestando así el abandono contagioso actual.

Es obvio que conviene ampliar la reconstrucción revitalizadora, para que alcance a cualquier edificio rural, a las ermitas románicas, las chozas tan oportunas en pleno monte, acequias, caminos y los muros de piedra seca; deberíamos tener pronto «Maestros de Pared» como los de Menorca, una isla pedregosa, pero en equipo formado por un especialista con su ayudante que cobran por metro lineal de muro reconstruido. Sin duda ésta sería la mejor ayuda, con una inversión reanimadora y fácil de conseguir; ya urge la lucha contra el abandono, el desánimo actual, precisamente lo que más estimula nuestros especuladores oportunistas tan temidos y combatidos temerariamente.

Las actitudes negativas no arreglan nada y enconan los problemas por estimular la contra, la reacción de quienes pueden más que nosotros, con unos medios económicos avasalladores, perturbadores. Contra la razón y el derecho natural —contra la propiedad legítima y heredada del aragonés de montaña, siempre unido a los demás y bien animado para mantenerse a toda costa—, resultarán inútiles todos los proyectos masificadores, precisamente los precedentes de unas empresas exteriores al sistema que sólo buscan su negocio y olvidan que Aragón, hasta el pirenaico, tiene propietarios, unos hombres que desean vivir y prosperar en el solar de sus antepasados.